

Unidad que abre techos y levanta vidas

Reflexión pastoral desde Marcos 2:1-12 acerca de la unidad de la Iglesia¹

Harold Segura²

“La unidad no es uniformidad, sino armonía en la diversidad”

Chiara Lubich (1920-2008)

Eran otras épocas

Han pasado varias décadas desde que inicié mi ministerio pastoral (desde 1980). Eran otras épocas, con un panorama evangélico muy distinto al actual. En aquellos días, ser evangélico en este continente era ser parte de una minoría social y religiosa: no teníamos acceso a grandes medios de comunicación, carecíamos de figuras públicas influyentes y la participación política de nuestras iglesias era prácticamente escasa. En cuanto a números, en Colombia, por ejemplo, los evangélicos no llegábamos al 3% de la población; hoy se calcula que somos más del 15%, aunque algunos sectores sitúan la cifra por encima del 20%. Para América Latina, la cifra ofrecida por la Corporación Latinobarómetro³ es del 19%.

Pero más allá del crecimiento numérico, lo que me interesa resaltar son los cambios en la forma de entender la unidad de la iglesia. En los años pasados, las confrontaciones eran distintas: evangélicos frente a católicos, bautistas frente a pentecostales, el ecumenismo liberal frente al evangelicalismo conservador. Hoy esos conflictos han mutado. Persisten algunos, sí, pero han aparecido otros: la polarización política, las tensiones en torno a la diversidad sexual, el aborto, la educación sexual, la eutanasia, y el resurgimiento de viejas disputas teológicas entre conservadurismos de distinto cuño (neocalvinismo, entre otras). Hoy la unidad está en riesgo, más que por controversias doctrinales o litúrgicas, por partidismos políticos y debates morales.

Ante este nuevo escenario, necesitamos repensar la unidad de la iglesia con un marco renovado. Y ¿quién mejor que Jesús para mostrarnos ese camino? Nos detendremos en un pasaje del Evangelio de Marcos —la sanidad del paralítico— para iluminar esta reflexión.

Cuando Jesús regresó a Capernaúm varios días después, enseguida corrió la voz de que había vuelto a casa. Pronto la casa donde se hospedaba estaba tan llena de visitas que no había lugar ni siquiera frente a la puerta. Mientras él les predicaba la palabra de Dios, llegaron cuatro hombres cargando a un paralítico en una camilla. Como no podían llevarlo hasta Jesús debido a la multitud, abrieron un agujero en el techo, encima de donde estaba Jesús. Luego bajaron al hombre en la camilla, justo delante de Jesús. Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo al paralítico: «Hijo mío, tus pecados son perdonados».

Algunos de los maestros de la ley religiosa que estaban allí sentados pensaron: «¿Qué es lo que dice? ¡Es una blasfemia! ¡Solo Dios puede perdonar pecados!».

En ese mismo instante, Jesús supo lo que pensaban, así que les preguntó: «¿Por qué cuestionan eso en su corazón? ¿Qué es más fácil decirle al paralítico: “Tus pecados son perdonados” o “Ponte de pie, toma tu camilla y camina”? Así que les demostraré que el Hijo del Hombre[a] tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados». Entonces Jesús miró al paralítico y dijo: «¡Ponte de pie, toma tu camilla y vete a tu casa!».

¹ El presente artículo tiene como base la meditación bíblica presentada en la Asamblea de la *Alianza Evangélica Latina*, AEL, reunida en Cartagena de Indias, Colombia, del 8 al 12 de septiembre de 2025.

² **Harold Segura** (Colombia-Costa Rica), Director del Departamento de Fe y Desarrollo de *World Vision* para América Latina y el Caribe. Pastor bautista, teólogo y escritor de temas relacionados con la misión de la iglesia, espiritualidad cristiana y teología de la niñez.

³ *Corporación Latinobarómetro*, Informe 2024, Santiago de Chile, 2024, disponible en: www.latinobarometro.org

Y el hombre se levantó de un salto, tomó su camilla y salió caminando entre los espectadores, que habían quedado atónitos. Todos estaban asombrados y alababan a Dios, exclamando: «¡Jamás hemos visto algo así!». (Mc 2:1-12 NTV).

Este es, en breve, el escenario de la narración. Marcos nos presenta a Jesús en una casa repleta de gente. Hay tanto público que resulta imposible entrar. En medio de esa multitud aparecen cuatro hombres cargando a un paralítico. Como no pueden acceder por la puerta, deciden abrir un hueco en el techo y descender al enfermo justo delante de Jesús.

El relato es dinámico. Todo ocurre rápido: el asombro de Jesús ante la fe de los amigos, la palabra de perdón dirigida al paralítico, la indignación de los maestros de la ley, la controversia que se desata, la orden de levantarse y caminar, la curación visible y la admiración de la gente.

El texto, leído con calma, revela dos movimientos fundamentales que nos ayudan a reflexionar sobre la unidad cristiana: La unidad que se traduce en acciones prácticas y solidarias y la unidad que se expresa al enfrentar la controversia necesaria.

La unidad no se promueve solo con acuerdos doctrinales, sino con acciones prácticas y solidarias.

La unidad se fortalece cuando los acuerdos de fe se convierten en gestos concretos de solidaridad. Los cuatro hombres no aparecen haciendo una declaración doctrinal conjunta, sino cargando con esfuerzo el peso de su amigo. Jesús, al verlos, reconoce en ellos una fe viva, no porque recitaran un credo (de su credo, nada sabemos), sino porque actuaron en favor del necesitado. Jesús ve en ese gesto dinámico, atrevido y comprometido, fe: “Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo al paralítico...” (2:5)

Esta unidad carga con el peso del más vulnerable. La fe se hace visible cuando compartimos las cargas de quienes no pueden sostenerse solos. Estos cuatro hombres cargaron literalmente a su amigo, una señal que resume lo que Pablo enseñaría más tarde: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gá. 6:2).

Es, como se lee en el texto, una unidad que busca caminos creativos (y atrevidos) para servir. Ante los obstáculos, no se resignaron. No dijeron: “Ya hicimos suficiente”. Buscaron una solución inesperada y abrieron el techo. La unidad auténtica encuentra alternativas cuando la solidaridad parece bloqueada, porque lo importante no es la comodidad de los que ayudan, sino la inclusión del que necesita.

Y, bien sabemos que, en este caso, la unidad de ellos cuatro buscaba llevar ante Jesús al hombre limitado; esa era su meta común. El objetivo final no era su prestigio ni su protagonismo, sino acercar al necesitado ante Jesús. La verdadera unidad se centra en Él, no en agendas personales, ni intereses partidistas, ni mucho menos comerciales. Todo esfuerzo común de la iglesia, si no tiene a Jesús como horizonte, pierde su esencia cristiana. Esta es la fuente espiritual de la unidad.

Ahora, algunas cifras que nos hacen pensar en la urgencia de esta unidad solidaria. No haríamos bien en leer este texto sin pensar en nuestro propio contexto. Algunas cifras de nuestra dolorosa realidad social: en América Latina la urgencia de la solidaridad se evidencia con crudeza en los datos recientes: en 2024 más de 300.000 migrantes cruzaron la selva del Darién, una de las rutas más peligrosas del mundo; la región registró 121.695 homicidios, confirmando una de las tasas de violencia más altas del planeta; y al mismo tiempo, 41 millones de personas padecieron hambre en 2023, situación agravada por eventos climáticos extremos que han provocado, entre 1998 y 2020, más de 312.000 muertes y afectado a 277 millones de personas. La niñez, como siempre, carga con el peso mayor de estas crisis: al menos una de cada cinco niñas y niños latinoamericanos vive en pobreza extrema, expuestos a migraciones forzadas,

violencia armada, desnutrición y los impactos más severos del cambio climático. Estos rostros infantiles son la evidencia más dolorosa de que la unidad cristiana no puede quedarse en discursos, sino que debe traducirse en prácticas solidarias y transformadoras.

Estos datos estremecen. Y nos recuerdan que la unidad no se mide por declaraciones conjuntas, sino por la capacidad de cargar juntos los techos de la injusticia, para que los más frágiles sean presentados ante Jesús y la vida plena que él nos anunció (Jn.10:10).

La unidad no se promueve con el silencio, sino enfrentando la controversia cuando es necesaria.

Marcos nos muestra otra dimensión de la unidad: la que se construye al asumir con valentía la controversia. Porque la unidad que se logra callando las diferencias (silencio estratégico) no es la de las Escrituras. Tras el acto solidario, surge el conflicto. Los escribas se escandalizan porque Jesús perdona pecados. Y Jesús no calla. Les responde con firmeza, mostrando que la autoridad del Hijo del Hombre incluye sanar, perdonar y controvertir. Nótese que en el episodio de Capernaúm, quienes callan son los fariseos y es Jesús quien los descubre: “Jesús supo lo que pensaban, así que les preguntó: «¿Por qué cuestionan eso en su corazón?»” (2:8).

La unidad es un lugar de encuentro, a veces polémico, no de silenciamiento. El pueblo de Dios debe ser un espacio donde confluyan diversas voces y perspectivas, y donde esas voces, incluidas las disidentes, sean escuchadas con respeto y valoración. Callar las diferencias no es unidad, sino uniformidad impuesta. La verdadera comunión se enriquece en el diálogo, el debate y la controversia. Necesitamos más mesas de conversación tanto como los púlpitos.

Esta unidad de la cual da fe el Nuevo Testamento, ejerce la voz profética frente a los poderes. No es, pues, una unidad para refugiarnos en los templos procurando la dulce clama del silencio ante los poderes de afuera. Jesús, en este caso, no se sometió a las presiones religiosas ni políticas de sus contradictores. La iglesia tampoco puede callar frente a los poderes, ya sean los del templo (religiosos) o los del palacio (políticos). La unidad no significa complicidad, al costo de encubrir la denuncia profética de la iglesia. Allí radica la voz profética que incomoda, pero que también abre caminos de esperanza.

El debate al que nos referimos debe cultivarse siguiendo y aprendiendo del espíritu del Jesús, con el valor y el talante que él lo hizo. La controversia debe ser asumida con su altura y sus valores: discutir sin destruir, confrontar sin odiar, hablar con firmeza, valentía y gracia. Así el debate no divide, sino que purifica la comunión y fortalece el testimonio.

Entonces, estas controversias y debates, como se ha mencionado antes, tienen hoy dos dimensiones inseparables: debate interno, es decir, el diálogo fraterno que nos permita discernir juntos la voluntad de Dios y, en ese proceso diferir con altura y, la controversia externa que denuncie lo que oprime y margina. En esto último está la necesidad de levantar la voz profética (como Amós, Isaías y Malaquías), contra las estructuras sociales de maldad que causan tantas violencias y ocasionan injusticia y desigualdad. Lo que aprendemos de las Escrituras es que el Pueblo de Dios esquivo las alianzas con esas estructuras de poder y sale a la defensa de la vida, la reconciliación y la convivencia social con paz y justicia (Miq.6:8).

Cuando cultivamos ambas, ganamos credibilidad y testimonio. La iglesia necesita coherencia, no silencios cómodos; valentía, no consensos superficiales.

Más que doctrinas y menos silencio

Finalmente, este relato del Evangelio de Marcos nos invita a pensar en que la unidad cristiana no se sostiene solo en declaraciones doctrinales, sino en dos pilares evangélicos: la solidaridad que se traduce en acciones prácticas de amor y la valentía de enfrentar la controversia con espíritu de Jesús de Nazaret. Esta unidad es

la que cambia vidas, la que hace visible el Reino de Dios y la que da credibilidad a la iglesia. En Juan 17, Jesús ora así: “Que todos sean uno, para que el mundo crea”. La unidad no es un fin en sí mismo, sino el testimonio que abre camino a la fe. El mundo no creerá por nuestros elocuentes discursos, sino por el testimonio de una iglesia unida en la solidaridad y en los más caros valores del Reino de Dios. Este es el desafío y también nuestra esperanza.

Una oración, antes de terminar:

Señor de la vida,
concédenos la gracia de vivir en unidad verdadera:
manos solidarias que cargan el dolor de los más frágiles
y voces proféticas que anuncian tu verdad con amor y valentía,
para que el mundo crea en ti y en la esperanza de tu Reino.
Amén.